

## MIRADAS DE MUJER. CUATRO VIAJERAS INGLESAS EN LAS PLAZAS DE TOROS DE ANDALUCÍA<sup>1</sup>

M. Antonia López-Burgos del Barrio<sup>2</sup>



**D**esde el siglos XVII y XVIII sobre todo durante el siglo XIX, España fue foco de atracción para las miradas aventureras de toda Europa. Cientos fueron los viajeros que con el cuadernillo en la mano estuvieron dispuestos a desentrañar los secretos de una tierra que aún hasta mediados del siglo XX era romántica y sobre todo, diferente. Los viajeros se arriesgaban a ser atacados por los caminos, a ser hechos prisioneros como herejes o espías, a sufrir el traqueteo rompedor de huesos mientras atravesaban en pesadas diligencias los áridos y pedregosos caminos de este país que tanto les subyugaba. La gran mayoría de éstos se arriesgaban con el único objetivo de relatar, a su vuelta, las peripecias vividas por esta tierra tan rica y tan llena de contrastes para disfrute de aquellos que no podían realizar su *aventura española* o para aquellos que animados ante la lectura de estos relatos se decidieran a protagonizar uno de ellos.

---

<sup>1</sup> Es mi deseo dedicar este artículo a la memoria de mi padre Fancisco López Burgos, un gran aficionado a la Fiesta nacional... ¡va por ti!

<sup>2</sup> Profesora Titular del Departamento de Filología Inglesa de la Universidad de Granada. La profesora López-Burgos impulsora de la colección *Viajeros ingleses por Andalucía*, ha publicado, entre otras los escritos que al final de este artículo se incluyen en sus notas bibliográficas.

No ha habido libro sobre España escrito por viajeros extranjeros que no presentara una descripción sobre la Fiesta nacional<sup>3</sup>. En estas páginas he recogido las descripciones de siete damas que, unas más convencidas que otras, entre 1802 y 1925 se armaron de valor y dirigieron sus pasos hacia la *Plaza*. Hubo de todo, llantos, mareos, gritos y huidas... pero lo que más me llamó la atención es que salvo una, todas salieron despavoridas al terminar «el primero de la tarde». Estas viajeras, *escritoras* eran damas de alcurnia, educadas, ricas y curiosas, pero sobre todo eran audaces y aventureras. Asistir a una corrida de toros formaba parte de su personal aventura española.

Este tipo de artículo, donde el espacio es limitado, me fuerza a resumir los relatos que aparecerán completos en el libro en el que trabajo en la actualidad. Sin embargo, he mantenido los párrafos más sugerentes, insertando puntos suspensivos donde he omitido frases que no he considerado relevantes ya sea por ser repetitivas o por hacer referencia a cuestiones relacionadas de algún modo con la idiosincracia británica y que fuera de contexto son incomprendibles para el lector español.

He creído que el orden cronológico para presentar los relatos es el más conveniente. En algunos casos he incluido entre corchetes los términos usuales de la jerga taurina que ellas no aciertan a utilizar, si bien he decidido adjuntarlos a los que ellas utilizan, en ocasiones extraños al mundo de la tauromaquia pero no carentes de gracia e ingenuidad, como por ejemplo, «procesión», «pequeña bandera roja», «esta-

---

<sup>3</sup> En breve aparecerá en el mercado mi obra *La Fiesta Nacional, relatos de viajeros* que se encuentra en prensa.

blos», «gorra», *nurses* y «circo», en lugar de paseillo, capa o muleta, toriles, montera, cabestros y coso. He mantenido algunos términos que aparecen en el texto original en francés,

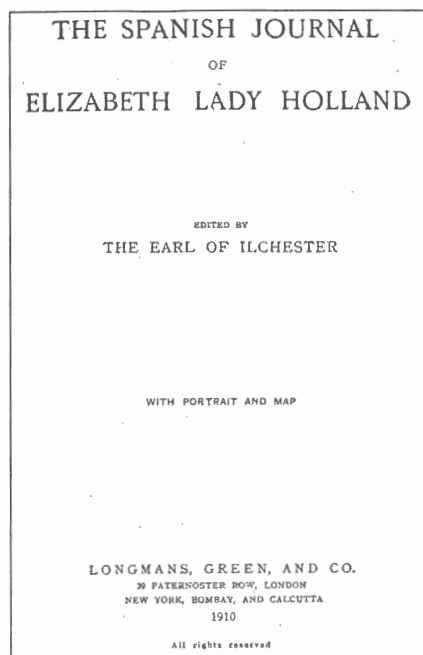


Fig. n.º 10.— Cubierta del libro *The Spanish Journal of Elizabeth, Lady Holland* editado por el Earl of Ilchester y publicado en Londres en 1910.

1845). Esta dama, famosa como anfitriona, estaba casada con Henry Richard Vassall Fox, tercer barón Holland, político y cronista de hechos políticos. *The Journal of Elizabeth, Lady Holland* es de gran interés aunque en él se omite lo referente a dos viajes que los Holland realizaron por la Península, el pri-

no los he traducido todos ya que aparte de ser comprensibles para el lector, implican de algún modo la falta o desconocimiento de palabras inglesas para referirse a algunos conceptos. Los entrecomillados son traducciones de los libros originales en inglés que he realizado de la forma más literal posible, para mantener, el estilo narrativo de cada una de las viajeras.

El primer relato, escrito en 1802, es el que nos ofrece Elizabeth, Lady Holland (1870-

mero entre 1802 y 1805 y el segundo entre 1808 y 1809, y que aparecen en *The Spanish Journal of Elizabeth, Lady Holland* editado por el *Earl of Ilchester* y publicado en Londres en 1910, y del cual he extraído el relato en el que describe su experiencia con la Fiesta Nacional (Fig. n.º 10).

El lunes 30 de mayo, día en que se conmemoraba la conquista de Sevilla por San Fernando, recibieron los Holland una invitación de la *Maestranza* para asistir en su palco a ver, esa tarde, la *función* que habría en la plaza. Rehúsan ir al palco ya que en honor al Príncipe de Asturias tendrían que asistir vestidos de etiqueta. Lady Holland dice que la *Maestranza* es una institución muy antigua pero que en la actualidad no era más que «una oportunidad para lucir los magníficos caballos, su propia habilidad ecuestre, y para ofrecer fiestas y bailes para las damas». Asistió vestida «en *traje español* en lugar de ir a *cuerpo*» y cuando llegaron a la plaza para su sorpresa, en lugar de ir a una asiento privado, fue conducida al gran palco de la *Maestranza*, donde, dice, todas las señoras estaban ataviadas con lo mejor que tenían. Su hijo Charles y ella accedieron a entrar con la condición de que se les permitiese sentarse en la parte posterior... «el decoro español excluye a los hombres, por lo tanto me metieron en medio de una multitud de filisteas, que estuvieron, sin embargo, amables y serviciales».

Se queja Lady Holland de que las españolas estén tan poco acostumbradas a los extranjeros que suelen adoptar una actitud bastante desagradable en lo que respecta a la lengua:

«ya que, sin la más mínima cortesía, cuando yo en lugar de contestar sencillamente en francés o italiano, me esforzaba por responder en español, ellas gritaban dando carcajadas ante cualquier

fallo de acento o pronunciación. No pretendían ofenderme, sólo que ponían en evidencia su falta de educación y buenos modales».

«Después de inclinarse ante el retrato del Príncipe de Asturias, que ocupa todo un palco, los caballeros sucesivamente corren a galope con una lanza para coger unas cintas de una rama en la que

están enganchadas, para llevarse la cabeza de un árabe que está colocada en un poste, para lanzar un dardo a un escudo y para levantar, desde la tierra con la espada, la cabeza de otro musulmán. Estas proezas, realizadas por supuesto con más o menos destreza, duraron una hora y media»<sup>4</sup> (Fig. n.º 11).



Fig. n.º 11.— Cabezas para el «juego de cañas y cabezas» que practicaban, en vista a su preparación militar y equestre, los maestrantes de Sevilla en el siglo XVIII. (Apud. Museo de la Plaza de Toros de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla).

Una vez finalizado el espectáculo fueron invitados a casa del *Hermano mayor*<sup>5</sup>. Lady Holland, volvió a rehusar la invitación debido a que iba en traje. Luego le dijeron que la reunión resultó haber sido la más formidable de las *tertulias*. Lady Holland permaneció junto al río disfrutando del aire y de la luna.

<sup>4</sup> Se trata de una práctica de equitación militar denominada «juego de cañas y cabezas» que normalmente practicaban los caballeros maestrantes de Sevilla. Ver «cabezas» en el Museo de la Plaza de Toros de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla (Nota del editor).

<sup>5</sup> Se debía referir al teniente de Hermano Mayor.

Al día siguiente, después del almuerzo salieron hacia la plaza para asistir a una corrida de toros. Ella estaba asustada ante la posibilidad de sentirse indispuesta al ver la sangre, si bien, dice:



Fig. n.º 12.— Pharamond Blanchard: *El Despejo*, c. 1850, estampa iluminada y grabada por Edward Finden para ilustrar el *Voyage pittoresque en Espagne...* del Baron Taylor que visitó nuestro país en tres ocasiones antes de la publicación de su libro. En la imagen se reproduce el «despejo» del público por las fuerzas armadas antes de dar comienzo la función.

«Yo fui completamente predispuesta a favor de la Fiesta Nacional».

«Contemplar el *circo* [coso] repleto hasta el último asiento, la impaciencia de la gente, y una especie de solemnidad formal en los preparativos, es muy chocante. Después de que la *arena* fuese despejada, algo que llevan a cabo los militares de los cuerpos de infantería y caballería, ambos con gran destreza, quienes moviéndose despacio avanzan y van cercando a la muchedumbre hacia una puerta por donde se les obliga a salir (Fig. n.º 12). El

*picador*, o maestro a caballo, de la *Maestranza*, escoltado por cuatro *alguacillos* entró en la *arena*<sup>6</sup>; y, después de una profunda reverencia al retrato del Príncipe, pidió a la *Maestranza* permiso para comenzar el espectáculo. El presidente tira las llaves desde el balcón —las llaves son de los *establos* [toriles] de los



Fig. n.º 13.— José Domínguez Bécquer: *Torero capeador*, 1839, Litografía iluminada de Achile Devéria, 34 x 24 cm. La transformación de la redcilla en montera se produjo a principios del siglo XIX, siendo testigo, de esta mudanza, Lady Holland. Obsérvese las reducidas proporciones de la montera que deja sobresalir la moña en la que recogían el pelo los toreros

<sup>6</sup> Se trata no del “picador de la Maestranza” sino del alguacil a caballo representante en el ruedo de la autoridad gubernativa que se aproxima al presidente de la plaza —en aquel entonces el propio teniente de Hermano Mayor de la Real Maestranza— para pedir permiso para comenzar la corrida así como para solicitar las llaves que cierran el paso a los toros.

toros—. Inmediatamente seis u ocho *banderilleros*, cuatro *picadores*, dos tiros de mulas de tres animales cada uno, profusamente enjaezadas con cintas de colores chillones, entraron al son de música marcial. Se aproximaron al palco e hicieron una reverencia, primero al retrato y luego a los *Señores de la Maestranza*. Los *banderilleros* estaban ataviados con los mejores y más perfectos trajes españoles, como los que se utilizan para bailar el *bolero* —chaquetilla de vivos colores, etc. etc.— La última moda es una *gorra* [montera] en lugar de una *redecilla*, sobre los brazos llevaban *manteaux* [capotes] de diversos colores (Fig. n.º 13). Los *picadores* llevan un sombrero blanco bastante plano de ala ancha, pantalones de cuero y polainas, y una *chaquetilla* color marrón, fajín, etc. (Fig. n.º 14). Su única arma es una lanza muy larga con una púa corta de hierro en la punta; con esta frágil defensa tienen que defenderse de la furia del toro. Salieron las mulas, que están sólo para sacar del ruedo a los vencidos; los hombres se colocan para recibir a su impetuoso adversario, cuya entrada se anuncia con los sonidos de la estridente trompeta y la apertura de puertas plegadizas. El noble animal entra precipitadamente en las arenas más sorprendido que irritado. En el lomo lleva una serie de cintas; los colores indican la zona de la que procede<sup>7</sup>. El *picador* provocó la embestida que empieza, por parte del toro, cerrando los ojos y corriendo con la cabeza baja para dar una cornada en el vientre del caballo; la destreza del jinete consiste en hacer girar la cabeza de la res empujándole el pescuezo con la lanza. Si tiene éxito en su objetivo, el toro sale corriendo resintiéndose debido al dolor de la herida, que sangra muchísimo; si el *picador* falla, los cuernos llegan hasta el pobre caballo, le da una cornada, y con frecuencia le saca las tripas. Después de que los *picadores* se ensañaran contra ellos a expensas de la vida de sus caballos, y se dieran cuenta de que el toro ya no quería correr más, empiezan a infringirle otros tormentos. Los *banderilleros* a pie lo acosan arrojándole sus capas, tras de las que corre el toro, y escapan con agilidad saltando la barrera que tiene más de seis pies de alta; luego corren directamente hacia el toro y con una sorprendente habilidad le clavan en el

---

<sup>7</sup> Las cintas corresponden a la divisa del ganadero y señala la ganadería de la que proceden.



lomo dos dardos (banderillas) adornados de papel retorcido. El animal entonces se pone completamente furioso, y unas cuantas escapadas, por los pelos, y llevadas a cabo por los hombres ocuparon la atención del espectador durante un cierto espacio de tiempo. A continuación el *matador* se aproxima, saca su estoque



Fig. n.º 14.—Retrato al picador *Francisco Sevilla*, litografía, 448 x 329 mm. Litografiado por Ramón Amerigo en la casa Lajol de París, establecimiento que tenía agentes en Sevilla, Cádiz y Madrid.

que esconde detrás de su *manteau* [en este caso, muleta] y observa el rostro del toro. No sé la forma en que le da la estocada, porque yo cuidadosamente evité mirar, pero justo después me di cuenta de que el toro estaba vomitando sangre y que sus patas estaban tambaleándose de debilidad y finalmente se dejó caer ante su inhumano y bárbaro oponente. Sonaron las trompetas, entraron las mulas y sacaron al héroe caído. Lo arrastraron hacia afuera de la escena de la matanza, simplemente para hacer sitio a la próxima víctima. El siguiente toro fue una criatura inofensiva y mansa, más dispuesto a jugar que a luchar; un despectivo grito de «¡Perros, perros!» le indicaron a los *banderilleros* lo que hacer. En lugar de meramente insertar los dardos [banderi-

llas], ellos recurrieron a buscapiés y petardos para convertir la masedumbre del animal en bravura. Disgustada por la escena yo me retiré por segunda vez.

«El cuarto toro era de Utrera; era muy bravo y requirió la sagacidad y destreza de sus enemigos. Empitonó a los caballos, a uno de tal manera que no fue otra cosa que la indiferencia tanto por parte del jinete como de los espectadores lo que le hizo permanecer en la arena. Las tripas estaban desparramadas por el suelo. El toro por fin recibió la estocada pero no cayó; estas se repitieron varias veces y todas fueron fallidas. En resumen, ningún matarife podría haber soportado unos intentos tan brutales para terminar con su oponente. La agonía, el caballo herido de muerte y obligado a volver al combate, la habitual falta de sensibilidad de los hombres, todo me disgustó tanto, sentí tanta aversión, antipatía e indignación, que me fui y dejé cinco toros más que aún tenían que matar, como después supe, a otros tres caballos. Si yo hubiese tenido poder, hubiese deseado imponerle un castigo al picador quien obligó a su animal medio muerto a la lucha, y desde lo más profundo de mi corazón aplaudí y grité «¡viva toro! cuando un hombre fue revolcado por el animal. El único consuelo que tuve es que a continuación el peligro es para los hombres; en efecto ocho o nueve toreros han muerto, en estos últimos años, en Andalucía y muchos más en otros lugares. Los caballos son los que me hacen sentir más lastima; a ellos se les lleva sólo para añadir su sangre al espectáculo. No toman parte en la lucha, no tienen animosidad, carecen de medios para atacar, o para resistir. Paseé en carruaje por las callejuelas, incapaz de convencerme a mí misma para volver a ver los fuegos artificiales, la parte final del espectáculo. El furor de las fiestas de toros está reviviendo con doble fuerza; las mujeres venden hasta sus camisas y finalmente, hasta sus *personas*, para procurarse medios para comprar una entrada. Se utilizan dos mil caballos al año y unos seis mil toros». (Holland, 1910).

\* \* \*

El segundo relato que presento es el de Isabella Frances Romer (¿ - 1852). Escritora de miscelánea que se casó

con el mayor Hamerton del mal se separó en 1827 y volvió a tomar su nombre de soltera. Se dedicó principalmente a viajar. En 1843 apareció la obra *The Rhone, the Darro and the Guadalquivir, a Summer Ramble in 1842*, la cual se reeditó, con posterioridad, en 1847 (Fig. n.º 15). Además de ésta,

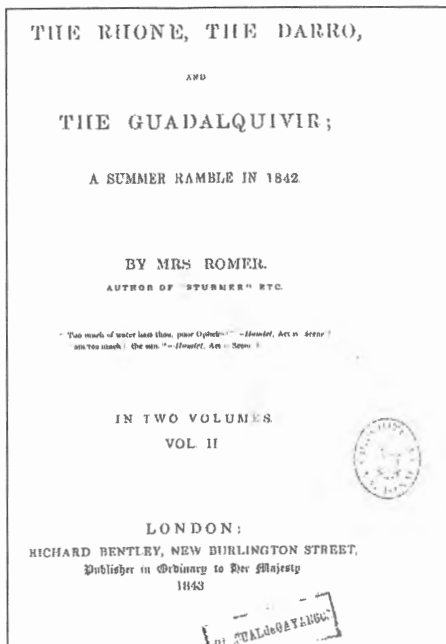


Fig. n.º 15.— Cubierta del libro *The Rhone, the Darro and the Guadalquivir, a Summer Ramble in 1842*, London, Richard Bentley, 1843, la cual se reeditó, con posterioridad, en 1847.

escribió: *A Pilgrimage to the Temples and Tombs of Egypt, Nubia and Palestine in 1845-1846*, publicado en 1846 en dos volúmenes; un año más tarde publicó en tres volúmenes *The Birds of Passage, or Flying Glimpses of Many Lands*, recopilación en tres volúmenes de cuentos y descripciones, algunos de ellos editados con anterioridad. Murió en Chester

Square en Londres el 27 de abril de 1852. Los pasajes que, a continuación voy a exponer y comentar pertenecen al primer libro de los citados, es decir a *The Rhone, the Darro and the Guadalquivir* que, como se sabe publicó en 1847.

Mrs. Romer había viajado desde Málaga a Granada y, a su vuelta a la costa, después de una corta estancia en la ciudad de la Alhambra, se sorprendió al ver que todos los campesinos parecían haberse puesto en movimiento.

«Gentes de todas clases, multitud de hombres a caballo o a lomos de mulos, carretas llenas de mujeres vestidas muy a la moda y arrieros o muleros, que llevaban a gran número de mujeres de la clase media montadas en mulos o burros y sin otra cosa que pañuelos para protegerse la cabeza de los ardores de un sol vertical en un clima de intensidad tropical, avanzaban apresurados, todos persiguiendo el mismo objetivo.. y cuando les preguntamos que a dónde se dirigían, su respuesta fue siempre la misma “A Málaga, ¡ a los toros!” . Un caballero que iba en la diligencia dijo que las mujeres andaluzas venderían las camas de sus hijos para poder ir a una corrida de toros.. y que incluso, las más pobres de todas nunca se privan de ese placer» (Fig. n.º 16).

Cuando llegaron a Málaga se dieron cuenta de que la atracción ejercida por la corrida no se limitaba a los autóctonos del país ya que desde Gibraltar había llegado un vapor propiedad del gobierno inglés repleto de oficiales de la guarnición y un pequeño vapor español igualmente cargado. Además, la casa Ladanza, conocido hospedaje malagueño, estaba a rebosar de huéspedes.

«La primera comunicación que se nos hizo al llegar allí fue que uno de los mejores *palcos* en la Plaza de Toros nos había sido reservado para asistir a la *función* que se aproximaba, (en español, cualquier reunión, ya sea con fines religiosos o profa-

nos —lo mismo un funeral que una boda—, para bailar o para orar, se denomina, indiscriminadamente, “función”). Me dieron un programa impreso donde se detallaban los actos del día, encabezado por un grabado en el que se representaba a Montes

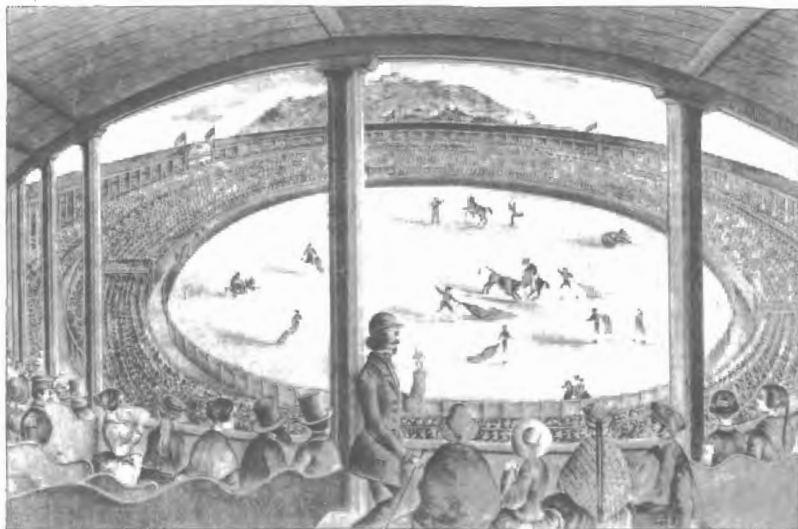


Fig. n.º 16.— Fidel Mújica: *Plaza de toros de San Sebastián, a mediados del siglo XIX*, iluminada y estampada en la casa Mújica y Baroja de San Sebastián, 21 x 30 cm. En primer plano de los que catorce espectadores, ocho son mujeres. La estampa parece constatar que la afirmación que hacía Mrs. Romer en su libro *The Rhone, the Darro and the Guadalquivir* (Londres, 1947), de que, en aquella época, las mujeres andaluzas, estarían dispuestas a lo que fuera con tal de ver corridas de toros, podría ampliarse a otros lugares de España en los que la concurrencia de mujeres era, también muy alta.

dando una *estocada* a un toro bravo tan grande como un elefante, y el texto, exponiendo, como sigue, los nombres de los principales participantes, y la genealogía de las desgraciadas víctimas condenados a figurar en esta sanguinaria exhibición. ¡Muertos para una fiesta *Española!*

Plaza de Toros,  
Con el correspondiente permiso,  
El Sr. D. Antonio María Álvarez, Dueño de la Plaza, a  
invitación de varios amigos, ha preparado  
CUATRO CORRIDAS DE TOROS DE MUERTE  
En las tardes de los días, Domingo 29, Lunes 30 de Mayo,  
Domingo 12 y Lunes 13 de Junio próximo<sup>8</sup>  
(si el tiempo lo permite).  
La Plaza sera mandada y presidida por la autoridad competente.  
Los toros que se han de lidiar son de las ganaderías siguientes:

Domingo, 29 Mayo.— Seis toros de la Señora  
viuda de D. Pedro Echevigaray, del  
Puerto de Santa María,  
Divisa Encarnada  
hermanos de los que estrenaron la plaza  
con el nombre de D. José Alvareda,  
por haber dividido la vacada  
por muerte del Señor Echevigaray.

Lunes 30 idem. Seis toros de D. Juan  
Castillón, de Vegar de la Frontera,  
Divisa Azul y Encarnada  
hermanos de los que se han corrido  
en Sevilla el 24 de Abril.

Domingo 12 de Junio.— Seis toros de la  
Señora Doña Gerónima Nuñez de Prado,  
Divisa Verde y Blanco  
heredera de D. José Cabrera, de  
Útrera.

Lunes 13 idem. — Seis toros de la  
Señora Doña Isabel Montemayor, viuda  
Divisa Celeste y Blanco  
del Señor Don Pedro José Lesaca de  
Sevilla.

---

<sup>8</sup> Corrida celebrada antes de 1842.

PICADORES.— Francisco Briones, Erasmo Olvera, Juan Gallardo, y un Sobresaliente.

ESPADAS.— Francisco Montes de Chiclana, Gaspar Díaz de Cádiz.

MEDIA ESPADA.— José Redondo de Chiclana, y una lucida cuadrilla de banderilleros, todos bajo la dirección de Montes» (Fig. n.º 17).



Fig. n.º 17.— José Alenza: *Retrato de José Redondo, «el Chiclanero»*, ol./l., 77 x 57 cm, Oslo, Galería Nacional. Durante mucho tiempo este cuadro fue atribuido a Goya y el retratado se supuso que era *Martincho*. Álvaro Martínez-Novillo estima que es, sin embargo, de Alenza y representa al matador de Chiclana.

Este programa que le parece a Mrs. Romer «minucioso y pomposo» estaba pegado por todas las paredes, le recordó los que se ven en Inglaterra en los días de carreras en Epsom y Ascot.

A Mrs. Romer le informaron que Montes y sus hombres llegarían cabalgando a Málaga esa misma tarde y que los toros también llegarían casi a la misma hora.

«Deseosa de ver cualquier cosa que ponga en evidencia la peculiaridad de las costumbres españolas, decidimos asistir a la «primera corrida de toros de la temporada en Málaga». Cuando llega-

mos, y aunque no había sido nuestra intención, pudimos ver al famoso matador y a sus alegres hombres, quienes, vestidos con el traje de majo andaluz, entraron cabalgando en la ciudad a lomos de las mulas que les habían traído desde Ronda, dando lugar a una sorprendente cabalgata».

Fig. n.º 18.— Antonio Cavanna: *Francisco Montes*, litografía iluminada de época realizada en los talleres Laujol de París. Circularon numerosas litografías de *Paquiro* en Francia y España a lo largo de todo el siglo XIX. La presente litografía se inspira directamente en el espléndido retrato pintado en 1856 por el valenciano Cavanna que debemos considerar como una de las obras cumbres de la pintura romántica española.



A Montes lo describe como un hombre elegante, muy proporcionado, de unos cuarenta y cinco años y de rostro serio y distinguido. Cabalgaba junto a su sobrino, un joven de veintidós o veintitrés años que actuaba como su *media espada* y quien estaba siendo formado por su tío para sucederle como primer espada. Se completaba la comitiva con un famoso picador (gitano y de gran habilidad) seguido por los otros picadores, chulos y banderilleros (Fig. n.º 18). El encierro de los toros le



pareció una de las escenas más salvajes y más interesantes que ella hubiese visto jamás. La describe en los siguientes términos:

«Estos animales salvajes, que nunca dejan los montes en los que han sido criados y donde han permanecido en completa libertad hasta que les llega el momento en los que se considera que ya están preparados para ser inmolados en la arena, entran bajo la tutela de un grupo de vaqueros con una apariencia tan salvaje como la de los propios toros, armados con largas lanzas y a lomos de veloces caballos, que los conducen hasta el lugar de su destino».

Disfrutaron del encierro situados *a salvo* pero muy cerca de la Plaza en un lugar desde donde se veía la puerta de los toriles. Más tarde, pero mucho antes de la hora fijada para el comienzo de la corrida pudieron ver cómo todas las avenidas se abarrotaban con una impaciente multitud de todas clases y edades, todos muy bien vestidos. Las damas con flores naturales en el pelo y mantillas de encaje y los hombres todos ataviados de majo, único traje en Andalucía considerado ortodoxo para ir a los toros, tanto para ricos como para pobres.

Mrs. Romer estaba acompañada por la esposa de uno de los cónsules, una dama francesa que en el camino le dijo a su hijo «*Je fais des vœux pour que les taureaux se montrent très féroces.. Il me tarde de les voir commencer!*»<sup>9</sup> y cuando, por fin, entraron en la Plaza vio a un lado los caballos de los picadores atados a un muro y engualdrapados, preparados para el encuentro, con sus sillas españolas, estribos de pala<sup>10</sup> (como los que usan los turcos) y con los

---

<sup>9</sup> Rezo para que los toros sean muy bravos. ¡Estoy impaciente por verlos comenzar!

<sup>10</sup> Los picadores usan estribos diferentes: el de la derecha, lado por el que embiste el toro, es más redondeado y más acorazado.

ojos vendados con unos pañuelos de seda sin los cuales sería muy difícil hacer que se acercaran a los toros.

«A mí se me heló la sangre, y yo ciertamente me habría vuelto al hotel sin avanzar un paso más, si no me hubiesen asegurado que se me permitiría retirarme en el momento en que el espectáculo se hiciese demasiado fuerte para que yo lo soportara; y que la animación y el comienzo de la *corrida* no sólo eran espléndidos como espectáculo sino que además en ellos no había nada que objetar en lo que a crueldad se refiere».

Así pues avanzó hasta llegar a su palco, situado en el tendido de sombra y desde donde podía divisar perfectamente el que estaba reservado al Ayuntamiento. Una vez acomodada miró alrededor y el conjunto le impresionó como algo nuevo y de gran belleza. Todas las localidades de la primera fila en los palcos estaban ocupadas por señoras elegantemente vestidas y como, además, había tantas mujeres como espectadores masculinos en las filas de los tendidos donde estaban las clases medias y las bajas, el efecto producido por los miles de brillantes abanicos le pareció de lo más curioso, sólo comparable con las ondeantes olas de un soleado océano, y el murmullo de tantas voces, todos hablando a la vez, sonaba como el rugir de las olas cuando rompen en la orilla (Fig. n.º 19).

«El espacio en el «sitio para estar de pie» estaba lleno hasta los topes de una abigarrada multitud de genuinos majos andaluces, tan elegantes como podía hacerlos su elegante traje, con cigarrillos en la boca y todos armados con una especie de largo tridente de madera pelada, con los que se preparaban para repeler al toro cuando, como es a veces el caso, salta por encima la barrera para escapar de sus verdugos. Estos hombres, aunque de la clase más baja y habitualmente fanfarrones además de dandis, no ostentan en sus maneras ningún vulgar ni jactancioso contoneo; por el contrario, manifiestan en sus movimientos, al igual que los turcos, una nobleza natural que, en lo que respecta a su apariencia, intensifi-

caría el derecho que ellos, al igual que el resto de los españoles, mantienen de ser *hidalgos* o “hijos de alguien”; y, *dicho sea de paso*, yo he observado en este tipo de españoles una ausencia de servilismo en sus modales hacia sus superiores, que en un principio sorprende a los extranjeros que, de hecho, se funda en una dig-



Fig. n.º 19.— Antonio Carnicero: *La plaza de toros extramuros de Madrid*, en la acción de una corrida de ellos, 1791. Estampa con iluminación de autor a partir de un grabado al aguafuerte en plancha de cobre, 41 x 55 cm (Madrid, Museo Municipal). Los viajeros extranjeros, si algunos sintieron repulsa por la lidia de los toros, la mayoría, sin embargo, expresó su admiración ante el asombroso espectáculo que ofrecía el público mismo. Piénsese que en la época existían en Europa escasos edificios civiles capaces de albergar tantos miles de individuos.

idad innata que ofrece a su modo de estar esa fría independencia que tanto se asemeja a un sentimiento de igualdad».

Una banda militar amenizaba el «tedioso»<sup>11</sup> «intervalo» entre la apertura de las puertas y el comienzo de la *solem-*

<sup>11</sup> Decir “tedioso”, cuando le ha permitido observar a tan curioso público, es algo que Mrs. Romer podría haber suprimido en su relato.

*nidad* interpretando una serie de melodías nacionales interrumpidas de vez en cuando por los gritos y pataleos de la impaciente multitud y justo cuando los pitos y chiflidos se



Fig. n.º 20.— Joaquín Rodríguez Bécquer: *Paseillo en la Plaza de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla*, 1855, ol./l., 61 x 101 cm, San Sebastián, Museo de San Telmo.

estaban haciendo ensordecedores, se oyeron los relojes anunciando las cuatro y media y, en ese mismo instante, unos sonos de trompeta, sumieron al público en un silencio sepulcral. Y empezó el paseillo descrito por Mrs. Romer con todo lujo de detalles (Fig. n.º 20):

«Y ahora se abrió una puerta a la izquierda de los toriles, y entraron en la plaza cabalgando los cuatro *picadores* montados sobre sus víctimas de ojos vendados. Todos estos hombres vestían con las espléndidas chaquetillas típicas de los *toreros* (tanto *picadores* como

*matadores*), de terciopelo de colores cubierto con profusión de bordados de oro y plata y guarnecidas con botones de filigrana a juego. En las piernas y muslos llevan protectores de hierro para evitar que los toros les clavasen los cuernos o se los fracturasen cuando los



Fig. n.º 21.— Luis Ferrant: *Tercera suerte de varas*, c. 1840, 22 x 30 cm. Los dibujos de Ferrant, sin duda de hondo calado romántico, fueron estampados en la Litografía Nueva de la calle Caballero de Gracia de Madrid. La técnica utilizada fue la del lápiz litográfico en papel coloreado. En el fragmento reproducido se distingue perfectamente cómo los picadores ya que se han enfundado las protecciones de metal que fueron llamadas gregorianas o monas. Sin embargo, tres cuartos de siglo tuvieron que pasar para que los caballos fueran protegidos por los petos.

caballos que ellos montan reciban su herida mortal y caigan al suelo con ellos encima; pero estas protecciones de hierro están ocultas bajo polainas y largos *botines* de ante. Esta doble cobertura le da a sus extremidades un aspecto pesado y hace que sus movimientos cuando desmontan del caballo sean tan lentos como los de un postillón francés andando con sus botas rígidas. Los grandes estribos de pala árabes, que utilizan, no sólo les protegen los pies de posibles heridas, sino que constituyen un arma defensiva adicional contra las agresiones del toro (Fig. n.º 21). Sobre sus cabezas llevan sombreros de fieltro gris inmensamente grandes, cuyas bajísimas copas están decoradas con un rosetón de cinta de algún color brillante a un lado y, por debajo, llevan el pelo recogido dentro de una *redecilla* negra y una bolsa. Van armados con una lanza de madera rematada en uno de sus

extremos por una afilada punta de hierro, que, a pesar de no ser lo suficientemente larga como para dañar al toro gravemente, si es lo bastante como para hacerle una herida en el lomo que le hará retroceder cuando embiste; y es, en esta particularidad donde radica su gran destreza. Los *picadores* iban seguidos por el grupo al completo de *toreros* a pie —*chulos*, *banderilleros* y *matadores*— formados de dos en dos con Montes a la cabeza; la descripción de su atuendo puede servir para todos, ya que su traje era distinto a los del resto sólo en color. El casi siempre viste de celeste, y aunque de forma ocasional alterna con otros colores, nunca abandona del todo su color preferido. Su chaqueta era de terciopelo azul celeste, ribeteada con seda carmesí, adornada con el más bello bordado con hilos de oro; en especial los hombros y puños estaban trabajados de forma muy laboriosa con oro brillante y mate, en relieve como para producir el efecto de llevar enormes charreteras. En los bolsillos laterales de esta prenda había colocados dos pañuelos blancos de seda *bandana* para permitir ver sus bordes carmesí. Llevaba la chaquetilla abierta para mostrar un chaleco también azul celeste, terminado todo alrededor con un elaboradísimo bordado en oro y guarnecido con botones de filigrana de oro. que, sin embargo, sólo estaban abrochados en la parte inferior para que también se pudiera ver la camisa adornada y con volantes, con el cuello doblado hacia abajo de manera que dejara al descubierto toda la garganta.

«Sus polainas eran de terciopelo carmesí, bordadas, para hacer juego con la chaqueta, con un elaborado dibujo de oro a lo largo de las costuras, que estaban decoradas además con una fila de botones de filigrana de oro colocados muy juntos, terminando en la rodilla con cordones dorados y borlas, en lugar de hebillas. Medias de seda blanca y zapatillas negras muy abiertas, completaban los adornos de la parte inferior de sus extremidades. Una ancha faja de seda amarilla apretaba su cintura, y un pañuelo del mismo color pasaba *en forma de pico* bajo el cuello de la camisa vuelto hacia abajo. Su pelo, que estaba recogido como el de los *picadores* dentro de una gran *redecilla* negra en la parte posterior de la cabeza, estaba cubierto por una pequeña *gorra* [montera] de terciopelo negro, decorada con cantidad de trenzados de seda negra y borlas; y su equipo de *primer espada* se completaba con una *capa* de color rojo, con la que él atrae o enfurece al toro, colocada sobre el brazo izquierdo; la mano derecha la llevaba puesta sobre la cadera en

actitud de elegante valentía. Luego seguían tres mulas enjaezadas con profusión de campanillas, borlas de color rojo, franjas y banderitas, enganchadas unas al lado de otras a una especie de barra que se utiliza para arrastrar, fuera del ruedo, los cuerpos de los caballos y toros muertos en el curso de la corrida. Estas mulas que, junto con su mozo ataviado con su elegante traje de majo, formaban un grupo bastante llamativo, cerraban el solemne paseillo; y toda la formación, después de haber dado una vuelta al ruedo, Montes a la cabeza de sus *chulos*, *banderilleros* y *matadores*, avanzó hasta situarse frente al palco en el que se encontraban reunidos los miembros del Ayuntamiento (quienes siempre presiden con ocasión de las corridas de toros) y, adelantándose al resto, se colocó justo debajo del palco. Allí el dijo la fórmula acostumbrada, solicitando con pocas palabras, permiso de las autoridades para comenzar la *función*. Esta formalidad legaliza cualquier muerte que pueda ocurrir entre los *toreros* en el combate que va a tener lugar, y por consiguiente es algo que jamás se omite; el permiso fue concedido por el presidente, arrojándole a Montes la llave de los toriles (hasta entonces bajo custodia del Ayuntamiento). El matador se quitó la *gorra* [montera] con la mano derecha y exclamó “¡Larga vida a Isabel II y a la Presidencia de Málaga!” arrojándola a la arena de izquierda a derecha con un gesto muy peculiar, y luego se retiró hacia el lado izquierdo de la puerta de los toriles».

Sonó un segundo clarín y se abrió la puerta de chiqueros hacia la que se dirigieron todas las miradas. Salió el toro a toda velocidad y fue saludado con un fuerte aplauso. «¡Pobre animal! dice Mrs. Romer, sin duda pensaría que al abrirse la puerta podría escapar de esa oscura guarida para ser libre y que al salir, aunque enloquecido por su encierro, se volvería a encontrar en las agrestes laderas donde había crecido». Pero, en lugar de campo, se encontró con un fragor de voces humanas, bastante más salvajes que su propio mugido, una masa de rostros reunidos allí para recrearse contemplando su mortal agonía sin la menor rendija de posibilidad de escapar. Poco después se

detuvo en medio de la plaza como si estuviese perplejo ante el espectáculo que estaban viendo sus ojos, retrocedió unos cuantos pasos arañando la arena con sus patas delanteras y luego bajando la cabeza, embistió a toda velocidad contra los picadores que esperaban junto a la barrera.

«Fue tal la rapidez del ataque que el primer picador no tuvo tiempo de ponerse *en guardia* para hacerle frente; y fue tal la fuerza del encontronazo que saltaron astillas de la barrera. Los cuernos del toro habían pasado bajo el abdomen del caballo, que fue levantado del suelo por encima del cuello [morillo] del enfurecido animal produciéndose una lucha encarnizada, ya que el *picador*, con una magnífica presencia de ánimo, volviendo a enderezarse sobre la silla, alcanzó al toro con la pica en el lomo, y lo mantuvo allí fijo, sin permitirle volver a embestir al caballo, hasta que los *chulos* corriendo hacia la res, atrajeron su atención moviendo sus *capas*, lo que hizo que inmediatamente el toro se pusiera a perseguirlos. Yo no *vi* este famoso *golpe*, ya que en el momento en que observé al toro embestir en dirección al *picador*, voluntariamente, me puse las manos en los ojos aterrorizada; pero lo *sentí*, pues fue tal la conmoción que produjo que dio la impresión de que toda la *plaza* se estremeció hasta sus cimientos. Este lance fue recibido con las más frenéticas manifestaciones de entusiasmo, y gritos de “¡Toro bravo! ¡Toro bravo! repetidos por miles de voces, que proclamaron la satisfacción general que había levantado este comienzo tan glorioso. Cuando pude cobrar coraje para mirar otra vez, todo había terminado para el pobre caballo! El toro en su primera embestida, había introducido sus cuernos tan profundamente en el pecho del pobre animal que debió haberle alcanzado el corazón; estaba echado por tierra sin signos de vida... el *picador*, ileso, había montado otro corcel, y el toro ya se encontraba al otro lado del coso, ocupado en dar caza a los *chulos*, cuyo coraje y destreza, a la hora de enfurecer y luego escapar del bravo animal, hay que verlo para poderlo comprender».

Mrs. Romer apunta que casi no puede describir esta parte del espectáculo con sus propias observaciones ya que



en el mismo instante en el que vio que los picadores ponían sus caballos en movimiento para enfrentarse al toro, sintió una repugnancia tan irresistible que todo empezó a dar vueltas ante sus ojos, y lo comprendió por que se lo fueron contando, no porque ella viera claramente la diestra actuación de los picadores. Luego anunciaron un nuevo acto de la tragedia: cuando la Presidencia juzgó que cinco caballos habían sido suficientes para que los despachara un sólo toro, ordenó que sonaran los clarines y que aparecieran los banderilleros, los cuales son descritos de este modo:

«Estos hombres son los encargados infringir al toro esas torturas que se consideran necesarias para encolerizar al pobre animal y ponerlo en un estado de bravura incontrolable necesaria para la escena final del duelo *a muerte* con el *matador*. Los toreadores llevan *banderillas*, o dardos de aproximadamente un pie y medio de longitud, terminados en uno de los extremos con hierro y decoradas con adornos de papel de colores liado alrededor. Su destreza al clavar estos dardos en el cuello [la cruz] del toro es casi increíble; uno a uno, se aproximan corriendo y llevando una *banderilla* en cada mano; el toro bajo la cabeza, corre hacia ellos para embestirlos y en el instante en el que piensas que los cuernos los van a traspasar, levantan los brazos de una forma que hace que la cabeza del toro pase por debajo de ellos; y en ese mismo instante, con la más sorprendente precisión, le plantan los dardos, sin dejar de correr hacia delante para ponerse a salvo, mientras que el pobre animal, virando de forma repentina en otra dirección bajo este nuevo ataque, pone toda su furia en la barrera más cercana. Esta maniobra se repite hasta que el morrillo del toro está literalmente *sembrado* de *banderillas*; y siempre que el atormentado animal da muestras de falta de bravura o de cobardía, se aplican petardos a los dardos [banderillas], que al explotar, lo enloquecen. En esta ocasión no hubo necesidad de tales estímulos, ya que el simple procedimiento de las *banderillas* produjo todo el efecto necesario y el pobre animal, más irritado quizás que dolorido por el castigo (ya que las afiladas puntas sólo traspasan ligeramente la piel), corre de un lado

a otro, agitándose con furia para librarse de la molestia, pero lo único que logra es aumentar el daño haciendo que las puntas, de las cuales no puede desprenderse, desgarran y agranden las heridas. Llegados a este punto el espectáculo era horrible de contemplar; los cuernos estaban teñidos con la sangre de los caballos que había inmolado, y su gran cuello estaba manchado con la suya propia, que brotaba de las heridas que había recibido en sus encuentros con los *picadores*, y de las de clavar *banderilleros* que le acababan de clavar. De pronto surgieron, de todos lados, gritos para que lo despacharan. El clarín sonando una vez más, dio el toque oficial para que el *matador* hiciera su parte».

Montes avanzó hasta situarse bajo el palco ocupado por las autoridades, volvió a arrojar su montera a la arena con el mismo gesto con el que lo había hecho con anterioridad y pidió permiso para matar al toro; Cogiendo la muleta avanzó hacia él.

«El poder ejercido por este hombre sobre los animales que está a punto de matar, parece obra de magnetismo; en plena embestida, los atraviesa con la mirada, y de repente se paran, como si se quedaran hechizados por su forma de mirar. Si uno pudiera, por medio de algún proceso mental extraordinario, despojarse de toda idea de sufrimiento, tanto real como futuro del condenado toro, esta escena sería de lo más interesante; y de hecho es casi un modelo debido a la gracia admirable, la ciencia, la valentía y la frialdad de la que hizo gala desde el principio hasta el fin este *príncipe de los matadores*; pero el saber lo que va a suceder lo estropea todo, y una siente náuseas y se estremece a la espera del inevitable final que se avecina, y en ese momento una daría el mundo por poder impedirlo completamente.

«En esta ocasión, el toro, tan pronto como miró de reojo y vio que Montes se aproximaba, avanzó lentamente para ir a su encuentro, como si estuviese impulsado hacia adelante por una especie de atracción irresistible, pero cuando llegó a unos cuantos pasos de donde él estaba, se detuvo y lo miró con desconfianza. Montes entonces, desplegando su *capa* y agarrando cada uno de sus extremos con una mano, la extendió a su derecha, y comple-

tamente en la cara del toro, quien, exacerbado por el tono escarlata, inmediatamente se lanzó con furia hacia ella. Montes se apartó hacia la izquierda tan serenamente como si le estuviese dando a una dama la acera en la calle, logrando que el toro pasase a su lado sin que le causara el menor daño; al mismo tiempo, con inimitable gracia, echándose la *capa* sobre sus hombros, y manteniéndola extendida por detrás de él, hizo *volte face*, y cuan-

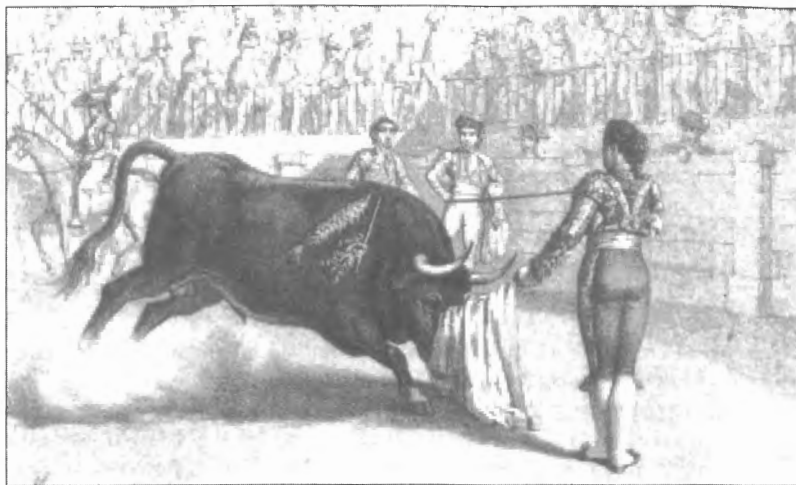


Fig. n.º 22.— Antonio Chaman: *Matador*, 1848, ilustración realizada con la técnica del lápiz litográfico y tinta negra sobre un papel coloreado. Esta estampa realizada en el taller de Santigora de la calle Sierpes de Sevilla nos interesa, sobre todo, por la quietud con que se representa al matador, característica que todos los historiadores de la tauromaquia han atribuido, especialmente, a *Paquiro*. Mrs. Rower en su libro *The Rhone, the Darro and the Guadalquivir*, destaca, con admiración, esa cualidad del torero: «... en todos sus *combats a mort* y en momentos del más inminente peligro. Montes nunca se ha sabido que corriese».

do el animal, al fallar en su ataque a la roja *capa* se volvió rápidamente para buscarla, se encontró a Montes quieto *a su lado* esperando tranquilamente a que el toro se acercara en esa actitud. Una y otra vez realizó esta proeza, y una gran variedad de otras

con las que el desafiaba al toro con una audacia que parecía a los espectadores como una tentación a la Providencia, ya que parecía imposible que él pudiese escapar sin ser herido; de hecho siempre lo hacía así, sin que ni una sola vez acelerara su paso; ya que en todos sus *combats à mort*<sup>12</sup> y en momentos del más inminente peligro, Montes nunca se ha sabido que corriese o que de hecho haya hecho otra cosa que hacerse a un lado, a la izquierda o a la derecha, con una compostura que ofrece el más sorprendente y bello contraste con la exasperación del toro, completamente enfurecido por sus infructuosos esfuerzos de cornear la *capa*, y por el daño que le provocan las *banderillas* plantadas en su lacerado y sangrante morrillo (Fig. n.º 22)<sup>13</sup>. En una ocasión, Montes se arrió tanto, que el cuerno del animal justo le tocó la chaqueta, y todos nosotros pensamos que estaba perdido; pero con la destreza más extraordinaria y la mayor presencia de ánimo, saltó sobre la cabeza del toro y, cayendo de pie al otro lado, inmediatamente extendió su *capa* como si no hubiese ocurrido nada de particular; y cuando el animal giró para embestir de nuevo, allí estaba su adversario *a pie firme* listo para hacerle frente.

«Pero llegó el último momento fatal; y, con la *capa*<sup>14</sup> en la mano izquierda y la espada en la derecha, Montes se preparó para la última escena del drama, la cual puede verdaderamente denominarse un *coup de grace*<sup>15</sup> para la atormentada bestia. Por extraño que pueda sonar, es sin embargo verdad, que Montes no mata al toro, sino que realmente el toro se mata a sí mismo».

Y, aduce Mrs. Romer, que si a un respetable jurado inglés se le mandase que llevara a cabo una investigación sobre este cruel acto delante de un coronel activo y juicioso, teniendo en cuenta la evidencia de los testigos, el funcionario

<sup>12</sup> Combates a muerte.

<sup>13</sup> Las *banderillas* mal puestas pueden llamarse “*pescueceras*”. Lo correcto es colocarlas en todo lo alto sobre la cruz.

<sup>14</sup> Mrs. Romer lo expresa mal ya que Montes mataba con *muleta*.

<sup>15</sup> Rematar.

se vería obligado a ofrecer un veredicto de *suicidio* del animal aunque también podría inclinarse a acusar de *asesinato intencionado* a Francisco Montes.

«Esta forma de actuar de Montes es completamente un asunto de exactitud de *visión*: Espera su momento, y mientras el toro corre hacia él, apunta su espada de un modo tal (permaneciendo completamente inmóvil todo el rato) que cuando el animal se precipita sobre ella, el acero entra justo detrás de la escápula, y envainándose en la carne hasta el mismo puño, atraviesa las partes vitales que la ciencia de la Tauromaquia ha declarado que son las que producen una muerte más rápida y menos dolorosa<sup>16</sup>. Si el *mata-dor* hubiese fallado su *golpe*, o si lo hubiese dado de una forma en la que el estoque al encontrar la resistencia de un hueso se hubiese partido en dos, arriesgaría completamente su propia vida, y muchos *toreros* han encontrado la muerte así; pero nunca han errado ni la mano ni la vista de Montes, y es tal la confianza que tanto él como los otros sienten en su extraordinaria maestría que el actúa como si tuviese “una vida hechizada”.

«En la presente ocasión las cosas ocurrieron de este modo. La pobre víctima, aunque casi *terrassé*<sup>17</sup> por la estocada, no cayó; y como Montes había sacado la espada de la herida y la había limpiado con la *muleta*, el toro se giró y atravesó casi un tercio de la plaza, tambaleándose, rodeado por los *chulos*, quienes ondeaban sus capotes ante él. Debilitado y vacilante por la pérdida de sangre, y moribundo como estaba, continuaba de forma mecánica para seguir los movimientos descritos por estos hombres mientras ellos se movían en círculos alrededor de él; pero al fin la debilidad y la confusión se apoderaron del toro que, girando dos o tres veces sobre sí mismo, cayó de rodillas. Pero incluso en ese estado de extrema impotencia, parecía como si no consintiera morir —se vio como luchaba denodadamente para volver a ponerse en pie— incluso logró levantarse lentamente sobre una rodilla. Era el último resplandor de una vela antes de apagarse completamente. El

---

<sup>16</sup> Se trata de la suerte de matar.

<sup>17</sup> Abatida. En francés en el original.

esfuerzo fue excesivo y rodó sobre el costado y extendiendo sus temblorosos miembros se convirtió en un flácido cadáver.

«La multitud recibió su mortal agonía con un salvaje grito de júbilo; y las mulas, irrumpiendo en la *arena*, rápidamente arrastraron el ensangrentado cuerpo del toro y los de los cinco caballos que éste había matado; mientras algunos de los mozos con igual rapidez, borraron todos los restos del combate echando arena sobre los diversos charcos de sangre que señalaban los lugares donde las distintas víctimas habían caído, y otra vez todo quedaba en perfecto estado para la *corrida* de un segundo toro».

Aprovechó Mrs. Isabella Romer este corto intervalo para irse del palco.

«No hubiera habido forma humana de convencerme para que yo viese la entrada de otro toro; y a decir verdad, era tal el estado de nervios en el que yo me encontraba que me sentía completamente incapaz de controlar mis sentimientos; y las damas de los palcos, a cada uno de los lados del mío, estaban completamente escandalizadas de verme a mí llorando amargamente ante lo que a ellas les había proporcionado una incalificable deleite. Una de ellas tenía a su hija con ella, una preciosa niña de unos seis o siete años muy elegantemente vestida, cuyos arrebatos de alegría no tenían límite con cada uno de los sangrientos episodios del horrible espectáculo, y cuyas exclamaciones me ponían al tanto de todo lo que estaba ocurriendo, incluso cuando yo me había refugiado en la parte posterior de mi palco y no podía ver nada. Había algo bastante repulsivo en esta muestra de más que indiferencia ante el derramamiento de sangre en alguien de tan tierna edad; una podría haber previsto en la niña alguna expresión de terror o de piedad por los sufrimientos que presenciaba; ¡pero qué va! cuando chillaba era de placer al ver *las tripas* (las entrañas de los pobres caballos corneados) ¡colgando por todos lados! y cuando Montes estaba dando sus inimitables pases al toro, era tal su impaciencia para verlo morir que, subida en lo alto de la silla y haciendo palmas gritaba con toda su fuerza ¡*Mátalo, mátalo!* esos tonos infantiles contrastaban de forma horrible con la crueldad trasmitían».

Mrs Romer se había hecho acompañar por su sirviente por si sentía deseos de retirarse lo pudiese hacer sin necesitar que también saliera alguno de los amigos que la habían acompañado; pero grande fue su consternación cuando al llegar al patio de la plaza, se dio cuenta de que no le permitían salir y que estaban todos encerrados y que las llaves de las instalaciones estaban custodiadas por el Ayuntamiento. La idea de que alguien deseara abandonar la plaza antes de que se despachara el sexto toro parecía ser algo bastante incomprensible para el vigilante de la puerta. «Hombre, le dijo a mi sirviente, ¿quién ha visto nunca que alguien quiera marcharse?» ¡Estamos obligados a cerrar las puertas para evitar que la gente se cuele! y bajo ningún concepto podemos solicitar las llaves a la Presidencia hasta que no termine el segundo toro». Al principio el portero le recomendaba con insistencia que se volviese a su palco; pero viendo el deplorable estado en el que la dama se encontraba, cambió el tono y corrió a conseguirle un vaso de agua y un asiento, haciendo notar al mismo tiempo, que siendo tan *cobardica* nunca sería una ¡buena andaluza!

\* \* \*

El tercer relato pertenece a la obra *Impressions of Spain in 1866* publicada ese mismo año en Londres (Fig. n.º 23). La personalidad de su autora Lady Mary Elizabeth Herbert no aparece en el *Dictionary of National Biography* si bien sabemos que había nacido en 1846 y que su muerte tuvo lugar en 1911. Escribió también *Rambles round the World*. El tipo de descripción que realiza en su obra es el propio de un viaje rápi-

do, es decir, enumera muy por encima todo lo que de interés se encuentra en cualquiera de las ciudades por las que pasó.

El principal motivo para el viaje de Lady Herbert fue el permanecer en un clima cálido. Junto a su marido Sydney Herbert, sus hijos y un pequeño séquito de servidores, vinieron a pasar el invierno de 1866 a Málaga, realizando excursiones a Sevilla y Granada. Lady Herbert no describe nada, se limita a hacer una enumeración de lugares, hablando siempre en nombre del grupo. En lo que a la *Fiesta* se refiere, su relato es poco detallado y bastante desapasionado pero lo he incluido ya que el matador de esa tarde de toros no fue otro que el famoso *Cúchares* (Fig. n.º 24).

«Ninguna descripción de la vida en Sevilla estaría completa sin una corrida de toros; así pues, una

tarde se vio a nuestros viajeros en un palco bastante grande en el lado de sombra del *circus* (coso), preparándose, aunque con algunos remordimientos de conciencia, para ver, por primera vez, la gran

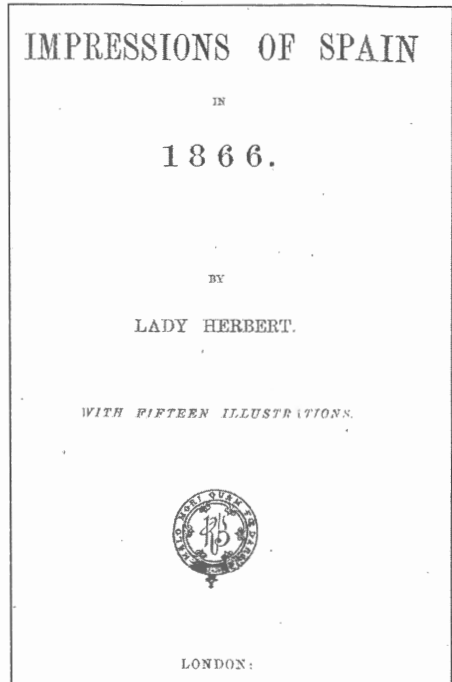


Fig. n.º 23.- Cubierta del libro *Impressions of Spain in 1866* de Lady Herbert, publicada ese mismo año en Londres.



fiesta nacional española. El tejado de la catedral se levantaba por encima de la *arena* (plaza) y los repiques de las campanas, justo llamando para vísperas, hizo al menos a una persona del grupo arrepentirse de haber ido a los toros. Pero era demasiado tarde para echarse atrás. Nadie podía escapar de la masa de gente que entraba apretujada por todos lados, todos ansiosos por ver la corrida».



Fig. n.º 24.— Miranda: *Francisco Arjona Guillén*, “*Cuchares*”, 1850, 24’5 x 16’5 cm, litografía con fondo de color, realizado en el establecimiento madrileño de Julio Donon para ilustrada *Historia del Toreo y de las principales ganaderías de España* de Bedoya. *Cuchares* representa en uno de los momentos más extraordinarios de la historia de la tauromaquia pues es posible que fuera el primero en imprimirle a la lidia una expresión artística hasta el punto de que el pueblo terminara por llamar al toreo «el arte de *Cuchares*».

Mrs. Herbert apunta que era probable que hubiese muy pocas damas en la plaza debido a que la corte estaba de luto y en consecuencia no había representantes del gobierno y también, que era de esperar que a las mujeres les estuviese empezando a dejar de gustar la *Fiesta*.

«En aquél instante sonaron los clarines. Una de las barreras que rodea la arena se abrió del todo, y entró una procesión de toreros, banderilleros y chulos todos ellos ataviados con trajes alegres y brillantes, principalmente azules y plateados, todos llevaban el pelo recogido con una redecilla con un gran moño atrás, y con ajustadas medias de seda rosa y zapatos de hebilla. Con ellos entraron los picadores vestidos de amarillo, con grandes sombreros de ala ancha y las piernas con protectores de hierro, montados sobre los caballos más miserables que uno pudiese haber visto jamás, pero que al ser por regla general de pura raza, arqueaban los pescuezos y se esforzaban, ¡pobres bestias! en mostrar lo que una vez fueron. Los llevaban con los ojos vendados, sin lo que no podrían haber sido inducidos a ponerse delante del toro. La procesión se detuvo frente a la tribuna presidencial, allí el torero principal se arrodilló y recibió en la montera la llave del toril, que fue abierto inmediatamente; y entonces comenzó el espectáculo. Un magnífico animal berrendo en colorao corrió hacia el centro de la arena, agitando el morrillo y mirando alrededor como si desafiara a sus adversarios, arañando la tierra con sus patas delanteras. Todos los hombres lo observaban con intensa impaciencia. De repente el toro escogió a uno como su adversario y embistió a un banderillero que se encontraba agitando un capote escarlata a la izquierda. El hombre dio un salto sobre la barrera de madera y saltó al callejón. El toro, se vio frustrado, y golpeó sus cuernos contra la empalizada de madera con una fuerza que parecía como si fuese a echarla toda abajo; luego corrió hacia el picador que estaba situado a la derecha, cuya lanza le hizo una herida en el lomo. Pero el toro, bajando la cabeza, clavó sus cuernos justo en las entrañas del pobre caballo, y, con una fuerza casi milagrosa se los echó a los lomos, galopó con ambos, jinete y caballo, alrededor de toda la plaza para, finalmente, arrojarlos a los dos al suelo. Entonces el picador fue salvado por los chulos, pero al caballo lo dejaron para que el toro lo siguiera empitonando y luego agonizara sobre la arena hasta morir. Este tipo de cosas se fue repitiendo una vez tras otra, hasta que el toro, agotado y lleno de heridas de pica, se paró como si fuese a tomarse un respiro. Los banderilleros escogieron este momento y con gran habilidad y destreza avanzaron hasta colocarse frente a él. Con los brazos y manos levantados sacaron flechas decoradas con papel hecho tirillas que le colocaban en la cruz. Esto lo volvió a enfurecer y cuando perse-

guía a uno de sus enemigos, la pobre bestia saltó fuera de la arena por encima de la barrera de seis pies de altura justo en medio del callejón que estaba abarrotado de gente. El *sauve qui peut*<sup>18</sup> lo podemos imaginar; pero nadie resultó herido, y el estruendo que



Fig. n.º 25.— Ilustración alegórica de Francisco Arjona, *Cuchares*, donde se representa al matador, rodeado de algunas de sus más célebres proezas. Arjona, nacido en 1818 en Madrid, se trasladó de niño a Sevilla donde consiguió una plaza en la sevillana y célebre Escuela de Tauromaquia. A los 15 años mata, en la plaza de la Maestranza, su primera res y en 1842 ya actúa en la plaza de Madrid como primer espada. Durante un tiempo se disputaron el cetro del toreo de la época de un lado, *Paquiro* y el *Chiclanero*, representado por lo que hoy denominamos Escuela de Chiclana y, de otro, el toreo alado fácil. *Cuchares* murió en La Habana en 1868 y fue enterrado en la parroquia de San Bernando de Sevilla. En la imagen de composición típica de la revista *La Lidia*

levantó la multitud pareció haber asustado al toro, quien tranquilamente volvió a entrar trotando en el *coso* por otra puerta lateral que abrieron para ese fin. Ahora llegó el momento excitante. El juez dio la señal y uno de los *matadores* más famosos, de nombre *Cúchares*, magníficamente ataviado en tonos azul y plata, y armado con una afilada y corta espada, avanzó para rematarlo (Fig. n.º 25). Esto requiere tanto una inmensa maestría como gran agilidad. En este mismo instante, mientras nuestro grupo presenciaba esto con el

<sup>18</sup> ¡Sálvese quien pueda! El original en francés.

mayor interés y excitación, una escena similar terminó con la vida de un *matador* en Cádiz. Pero *Cúchares* parecía jugar con el peligro y, aunque el toro, completamente loco de rabia, lo persiguió enfurecido, haciendo jirones su capote escarlata, y casi echando abajo las pantallas de madera (burladeros) colocados a los lados de la *arena* como lugares de refugio para los hombres que al verse perseguidos así pueden escapar escogió un momento oportuno y dando un salto hacia adelante, clavó su corta espada justo en el lugar exacto por encima del lomo<sup>19</sup>. Casi sin luchar, cayó el noble animal, primero de rodillas, y luego rodó muerto. La gente aplaudió clamorosamente, los clarines sonaron, irrumpieron a toda velocidad en el *coso* cuatro mulas enjaezadas con vivos colores que arrastraron al toro sacando su inmenso cuerpo, y a los caballos a los que la muerte había compasivamente liberado. Y la función volvió a comenzar. En dos horas y media se mataron veinte caballos y seis toros y cuanto más horrible era el estado de los destripados animales, mayor parecía ser el placer de los espectadores. Es imposible, sin ofender a nuestros lectores, ofrecerles una descripción exacta del horrible estado de los caballos. Uno, en especial, causó sensación incluso entre los *habitués* de la plaza<sup>20</sup>. Pertenecía a uno de los caballeros más ricos de Sevilla, había sido su caballo favorito, y era tan conocido en el Prado como su dueño. ¡Y a pesar de todo este caballero tuvo la brutalidad, cuando el pobre animal ya no podía trabajar, de condenarlo a este terrible destino! El valiente caballo, destripado aunque sus entrañas fueran engalanando los cuernos de los sucesivos toros, fue sobreviviendo a una res tras otra y, finalmente, cuando las puertas se abrieron para llevarse los cuerpos del resto, el se las arregló para salir arrastrándose también. ¿Hasta dónde? Hasta la mismísima puerta de la casa de su amo, a la que llegó y donde finalmente se echó para morir. Su instinto, desgraciadamente equivocado en este caso, evidentemente le había hecho suponer que *allí*, sin lugar a dudas, se apiadarían de él y lo librarían de su agonía; ya que las heridas causadas por los cuernos de los toros se dice que son horribles en cuanto al dolo-

---

<sup>19</sup> Se trata de la suerte del «volapie».

<sup>20</sup> En francés el original. Se trata de los «aficionados».

roso escozor que producen. Fernán Caballero estaba con la esposa de un famoso *matador* cuyo pecho había sido traspasado por el toro en el instante en el que, pensando que el toro ya no tenía fuerzas, había saltado hacia adelante para asestarle la estocada final. El torero vivió durante algunas horas pero su agonía fue tan dolorosa que, se dice, que “había que verle para creerla”. En términos generales, sin embargo, el que los hombres sufran accidentes de este tipo es algo bastante raro. Carlo Puerto, uno de los *picadores* perdió la vida el año pasado ante un toro muy bravo, que se volvió de repente y lo enganchó con los cuernos por el estómago, corrió con él prendido ¡dándole tres vueltas al ruedo! —pero eso fue culpa del presidente, que había insistido en que el varilarguero éste atacara al toro en el centro de la *arena*, mientras que los *picadores* siempre se quedan cerca de la barrera de modo que su escapatoria pueda ser más fácil. Si el espectáculo fuera factible llevarlo a cabo sin dañar a los caballos, como se dice que se hace en Salamanca y en Portugal, el intenso interés que despierta un combate donde la habilidad, inteligencia y agilidad del hombre se opone al instinto, rapidez y fuerza del toro, lo convertiría quizás en una diversión admisible así como de lo más excitante, pero tal como se realiza en la actualidad, es simplemente horrible e inexcusablemente cruel y repugnante. Es difícil comprender cómo hay mujeres que pueden ir a ver esto por segunda vez. El efecto que produce en la gente debe ser embrutecedor hasta extremos insospechados y es responsable en gran medida de la completa falta de cariño de los españoles hacia los animales, en especial hacia caballos y mulas, a los que maltratan de un modo completamente sorprendente para un inglés y, aparentemente, sin sentir la menor vergüenza. Pero no hay indicios de que este *deporte* esté perdiendo popularidad en España. Corridas con *novillos* o toros jóvenes, en cuyos cuernos colocan unos topes para evitar accidentes, son una diversión muy común entre los jóvenes de la aristocracia, de los que se dice que apuestan muchísimo sobre sus respectivos favoritos y de ese modo la afición se fomenta desde la cuna».

Concluye Lady Herbert su descripción diciendo que ofrece el programa literalmente en el apéndice, junto con una

divertida versión de la corrida en la lengua vernácula española de la *Plaza*<sup>21</sup>.

\* \* \*

El último relato es el que nos ofrece Margot Asquith, condesa de Oxford y Asquith en su obra *Places and Persons* publicada en Londres en 1925 (Figs. n.º 26 y 27). Durante su estancia en Sevilla en 1923 fue invitada a asistir a una corrida de toros, invitación que rehusó, si bien accedió a ir a ver los toros que había preparados para la corrida.

«El sábado 31 de marzo, acompañada por mi doncella me fui a la Catedral y luego a visitar a algunas de las tiendas más grandes de Sevilla con la bella esposa del administrador del Duque de Alba. Compré juguetes y sombreros para mi nieta Priscilla y para los pequeños Bonham-Carters, una sombrilla para Elizabeth, un santo para mi hijo y para mí unas castañuelas. En nuestra reunión del almuerzo, todo el mundo estaba haciendo planes para la corrida de toros del día siguiente —Domingo de Resurrección— y convenciéndome para que asistiese.

«Probablemente será una mala corrida ya que los toros no son de los mejores, y los toreros y matadores no son muy expertos; pero es un gran espectáculo, y antes de volver a Inglaterra usted realmente debería ver la fiesta nacional española.

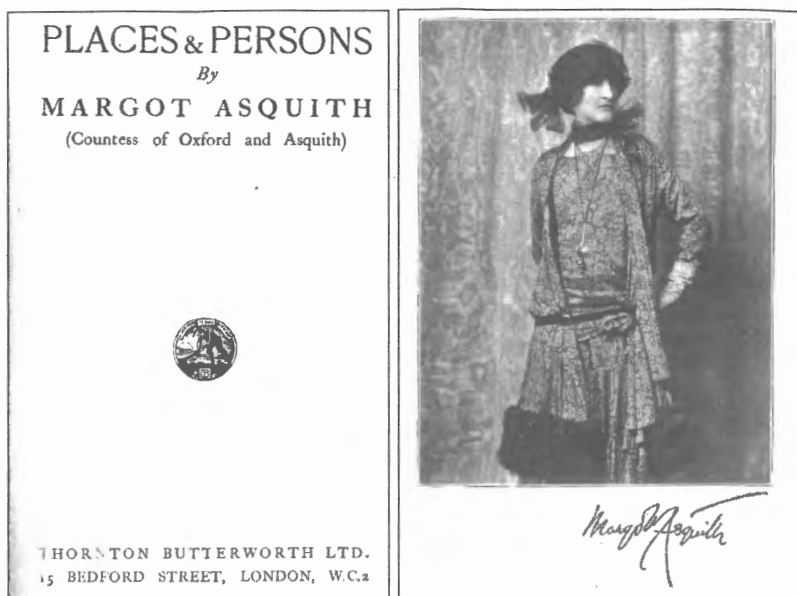
«Les dije que prefería morirme ya que cualquier forma de crueldad me ponía furiosa; y ver caballos con los ojos tapados con las tripas fuera y explosivos colocados bajo la piel de los toros, no era una forma de diversión a la que yo podía asistir sentada; ni la gran cantidad de mujeres bellas, flores, abanicos o mantillas podrían consolarme ante el horror de ver a la gente disfrutar con tan salvaje crueldad.

«Mi querida Sra. Asquith, todos los deportes son crueles. ¿Qué

---

<sup>21</sup> Esta no la he podido incluir en este artículo debido a su extensión si bien aparecerá en mi libro sobre la Fiesta que ya he mencionado.

me dice de su caza del zorro? Y de cómodos caballeros bebiendo champagne sentados sobre banquetas en el campo, matando conejos y faisanes, animales que ni ladran, ni por supuesto, embisten, ni muerden.



Figs. n.º 26 y 27.— Portada e ilustración del libro de la Condesa de Oxford, *Places and Persons* publicada en Londres en 1925, donde descubre una jornada de toros en Sevilla de 1920, en la que fue acompañada por el artista sevillano M. Lafita.

«¡Es cierto!, contesté. Pero la caza del zorro es saludable, e incluso cansa a los hombres ociosos, lo que asegura una cierta moralidad. La mayoría de la gente, el inglés medio, tiene un sentido del juego limpio que sólo el cricket o el fútbol no le pueden proporcionar. Un montón de buenas cualidades salen a relucir al cabalgar cruzando un gran campo, y un zorro siempre tiene bastantes probabilidades de escapar.

«Me superaban en número, puesto que todas las damas de nuestro grupo se habían decidido. Cambiamos de tema y el artista M. Lafita me invitó a ir con él—después del teatro— a ver los toros que habían traído desde el campo aquella noche, cosa que yo acepté<sup>22</sup>.

«Por la noche fuimos a una de las salas de fiesta menos de moda, que, no obstante, estaba abarrotada por hombres de bastante mal aspecto. Cuando llegamos, estaban bailando y tocando las castañuelas dos mujeres de estatura considerable que llevaban sendos chales floreados de tonos brillantes acompañados por hombres tocados con sombreros negros (Fig. n.º 28). Nos sentamos en una platea y encendí un cigarrillo. Un clamor se levantó entre los espectadores que había debajo, y yo pensé que era por Rubinstein, muy apreciado y fácilmente reconocible que también se hallaba en el local, pero él, muy al contrario, mi acompañante, pensó que era por que en España las mujeres no fuman, de modo que en aquél mismo instante apagué mi cigarrillo y sin hacer caso a la gente que había allí, todos bebiendo y fumando, concentré mi atención en el escenario. Después de escuchar unas cuantas canciones bastante flojas, M. Lafita y yo fuimos en coche tres millas adentrándonos en el campo a toda velocidad en un descapotable.

«Subiendo por unas escaleras de madera hasta una plataforma blanca de forma circular, vimos en el terreno que había por debajo gran cantidad de toros negros salpicados entre grandes animales blancos con manchas coloradas<sup>23</sup> y blancas con grandes cencerros colgándoles del pescuezo<sup>24</sup>. Era una brillante noche de luna llena, y pudimos ver al “personal” de la plaza de toros. Estaban cerca de nosotros ataviados con boleros, apretados calzones negros remangados por encima de los calcetines blancos y zapatos negros de cordones, con grandes sombreros negros, apoyados sobre la barandilla de la plataforma dándole ordenes a los hombres que había en

---

<sup>22</sup> El artista Lafites al que se refiere la Condesa de Oxford es el autor, entre otras obras, de la fuente sevillana de la plaza de la Virgen de los Reyes (Nota del Editor).

<sup>23</sup> Dicha capa, como hemos tenido ocasión de denominar en el relato de Mrs. Romer, se denomina en el lenguaje taurino «berranco en colorado».

<sup>24</sup> Se trata de las manos a cabestros que son utilizados para manejar al ganado bravo.



el campo y que estaban conduciendo a la manada por complicados corredores separados por puertas de hierro y que desembocaban en los furgones hacia los que los toros iban a ser atraídos<sup>25</sup>.

«Lafita me informó que los toros habían nacido en campos con *les boeufs gardiens, cers grands animaux rouges et blancs que*



Fig. n.º 28.— J. S. Sargent: *¡El jaleo!*, 1882, ol./l., fragmento. Con esta obra, de tamaño monumental, resultado de la estancia del artista en Sevilla, consiguió fama mundial. Expuesta en el Salón de París en 1882 que logró la crítica, unánimemente, se le rindiera logrando el más prestigioso de los premios. Durante esa época el ambiente flamenco de Sevilla, estuvo dominado por los cafés-cantantes que tanto atrajeron, también, a algunos pintores españoles como Sorolla, Gutiérrez Solana, Zoroya (Apud. Gómez Aranda, 1993: 28).

*vous voyez*<sup>26</sup> que los cuidan como niñeras. Nadie, añadió, puede influenciar en un toro, que es un animal salvaje y obstinado, pero el buey (cabestro) puede controlarlo, y todos los toros seguirán el cencerro que hay colgando del pescuezo de su guardián. El toro llega a aprender el sonido de los diferentes cencerros y puedes observar que sigue a su *nurse* (cabestro) a donde quiera que va».

<sup>25</sup> La Condesa de Oxford describe un embarque de toros en vagones de ferrocarril.

<sup>26</sup> «Los cabestros, esos animales berrendos en colorao que usted ve».

«Jóvenes con piedras, gritándoles de forma extraña, condujeron la manada dentro de los estrechos toriles, y como el toro era el último en entrar, los hombres que había arriba dejaban caer las puertas y cuando los bueyes habían pasado, el toro se encontraba atrapado y solo. Otra puerta que daba al furgón y que se encontraba muy bien iluminada era el siguiente objetivo hacia el que había que atraer al toro. Ya habiendo perdido a su *nurse* (cabestro), el desgraciado animal no dejaba de dar vueltas dentro del toril, mientras lo empujaban desde arriba hacia la puerta abierta. Vimos a siete toros conducidos hacia los furgones. Algunos se mostraban furiosos y trotaban, soltando bufidos alrededor de los muros, evitando la puerta iluminada. Otros, sin hacer caso a las indicaciones, se metían tranquilamente en los furgones, las puertas de hierro se iban cerrando detrás de ellos como si de una trampa se tratase. Mientras tanto, las *nurses* (cabestros) abandonadas pasaban a través de los oscuros corredores y toriles de vuelta hacia los campos, con sus cencerros sonando de forma desconsolada. El perfil de los hombres con largas pértigas en la blanca plataforma, gritando órdenes con la luna al fondo, era como un cuadro de Sargent. Cogimos el coche para volver a la ciudad y nos reunimos con nuestro grupo que aún permanecía en el *music-hall*.

«Arthur Rubinstein había invitado a dos gitanas y a un famoso guitarrista a tocar para nosotros en un café a las afueras de Sevilla y lo encontramos bastante nervioso ya que le habían contestado que tendrían que ir tarde. Eran las dos de la madrugada cuando llegamos al café...».

Diversos han sido los juicios emitidos por estas damas, si bien en todos ellos queda de manifiesto que la Fiesta es algo más que la lucha del torero con el toro. Salen despavoridas cuando termina *el primero de la tarde*, es cierto, pero tenemos que agradecerles el haber recogido, con mayor o menor acierto, una gran profusión de detalles en sus minuciosas descripciones, el haber descrito para miradas completamente ajenas y profanas el sentir de un pueblo ante su Fiesta nacional y el deleite y excitación que produce a quienes la contemplan.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

López Burgos, M.<sup>a</sup> Antonia (1980): *Granada como tema literario en los Viajeros ingleses del siglo XIX* (Memoria de licenciatura), Granada.

\_\_\_\_\_ (1984): *Libros ingleses sobre España en dos Bibliotecas Granadinas*, Granada, Universidad de Granada.

\_\_\_\_\_ (1989): *Aportaciones metodológicas al estudio de la literatura de viajes. Viajeros ingleses en Granada*. Tesis Doctoral, Universidad de Granada.

\_\_\_\_\_ (1995): *Granada 1802-1843*, Némesis editores, Granada, Colección Viajeros ingleses por Andalucía.

\_\_\_\_\_ (1996): *Siete Viajeras inglesas en Granada 1802-1872*. Granada, Colección Viajeros ingleses por Andalucía.

\_\_\_\_\_ (1997): *Por Tierras de Alhama-Temple*, Excmo. Ayuntamiento de Alhama, Colección Viajeros ingleses por Andalucía.

\_\_\_\_\_ (1997): *La Vega de Granada. Relatos de Viajeros ingleses durante el siglo XIX*. Excmo. Ayuntamiento de Santa Fe, Colección Viajeros ingleses por Andalucía.

\_\_\_\_\_ (1998): *Santa Fe y la Vega de Granada*, Excmo. Ayuntamiento de Santa Fe, Colección Viajeros ingleses por Andalucía.

\_\_\_\_\_ (1998): *Por Tierras del Poniente Granadino*. Excmo. Ayuntamiento de Loja, Colección Viajeros ingleses por Andalucía.

\_\_\_\_\_ (2000): *A Portrait of Spanish Women in Travellers' Literature*. Melbourne, Colección Viajeros ingleses por Andalucía.

\_\_\_\_\_ (2000): *Guadix y su comarca. Relatos de viajeros (1809-1848)*. Melbourne, Colección Viajeros ingleses por Andalucía.

\_\_\_\_\_ (2000): *Por las rutas de Baza. Relatos de Viajes (1809-1867)* Melbourne, Colección Viajeros ingleses por Andalucía.

\_\_\_\_\_ (2000): *Granada. Relatos de viajeros ingleses (1802-1830)*. Melbourne, Colección Viajeros ingleses por Andalucía.

\_\_\_\_\_ (2000): *Granada. Relatos de viajeros ingleses (1830-1843)* Melbourne, Colección Viajeros ingleses por Andalucía.

\_\_\_\_\_ (2000): *Granada. Relatos de viajeros -ingleses (1843-1850)* Melbourne, Colección Viajeros ingleses por Andalucía.

\_\_\_\_\_ (2001): *Viajeros ingleses en la Granada de 1850*. Melbourne, Colección Viajeros ingleses por Andalucía.

